

quizá llevarlos todos á la vez. Sobre estas tres columnas se cimenta la independencia en la parte occidental de España, y á los mismos debe la Iglesia un desarrollo proporcionado á sus adelantos políticos. El cielo paga con reiterados triunfos sus virtudes, la Iglesia derrama sobre ellos sus bendiciones, y transmite con reverencia sus nombres á las edades venideras: sus largos reinados son tambien un premio de sus buenas obras y un medio de consolidar su pequeña monarquía, y hacer de Castilla un foso que defienda los baluartes puestos en Asturias por la naturaleza misma. Un larguísimo reinado de mas de medio siglo sirve al Rey *Casto* no solo para fortalecer sus dominios debilitados por algunos años de inacción, sino tambien para extenderlos por todos lados: con él acaba gloriosamente el siglo VIII, y avanza el IX hasta casi su mitad (791-842). Casi otro medio siglo abraza el borrascoso, pero enérgico y fecundo reinado de Alfonso *Magno* (866 á 910) con el que acaba dignamente el siglo IX. Piadoso y liberal con la Iglesia, enérgico y organizador, terrible y afortunado contra los enemigos exteriores, se vió á pesar de eso envuelto en continuas rebeliones que cual serpientes se enroscaban á sus piés, para estorbar á cada momento sus victoriosos pasos. Tanto Alfonso el *Casto* como el *Grande*, se habian visto al principio de su reinado expulsos de su patria y privados del trono, al que subieron despues sin guerras intestinas y en brazos de algunos leales, afectos á la legitimidad. Pero mas desgraciado Alfonso III, no murió en el trono, siendo sus ingratos hijos los que acibararon los últimos años de su buen padre, completando una vida acosada de perfidias, ingratitudes y rebeldías. Dios ha ofrecido longevidad al que honre á sus padres; ¿qué podrá esperar el que los deshonorra? El cielo castiga á los hijos rebeldes con breves vidas y breves reinados: todos tres ocupan uno en pos de otro el codiciado trono, todos tres hajan en breve y con prematuro fin: quince años reinan apenas, entre los tres, los malos hijos del que habia reinado cuarenta y cuatro años, y en su padre acaba la buena raza de los reyes primitivos. El siglo X no conocerá ya aquellos reyes longevos y valerosos que cimentaron la monarquía cántabra. Monarcas pasajeros, débiles, envueltos en guerras civiles, teniendo sus armas en sangre cristiana, ese es el espectáculo que nos presentará esta monarquía, mientras la Iglesia durante aquellos dos siglos de hierro se verá regida por Papas muy parecidos á estos Reyes.

Un papa Gregorio, digno sucesor del *Grande*, pondrá fin al vergonzoso espectáculo de los Juanes de los siglos X y XI, y un Alfonso (el VI), digno sucesor de estos tres primeros, avanzará la obra principiada por ellos, y al mismo tiempo que Gregorio pondrá término igualmente á las debilidades régias de aquellos dos siglos malhadados, que tampoco se parecen al VIII y IX de mas feliz recuerdo.

Mas tracemos una línea divisoria entre estos y los dos siguientes, sin adelantar los sucesos ni las ideas.



### CAPÍTULO III.

#### RESTAURACION PIRENÁICA.

##### § CXXXV.

*Oscuridad de esta parte de nuestra historia.*

Si es difícil la historia de la restauracion religiosa en la parte occidental ó N. O. de España, es todavía mucho mas penoso este trabajo en lo relativo á la parte mas oriental ó N. E., en la que entro con desconfianza y temor. Los países que comprende (Navarra, Aragon y Cataluña) proceden aisladamente, y para reunirlos bajo un punto de vista ha sido preciso dar á su restauracion el nombre de los montes en que se encastillaron, cobijándose en las enriscadas y casi inaccesibles alturas del Pirineo, donde fueron á defender su independencia.

Por otra parte las prolijas é infructuosas disputas entre los historiadores aragoneses y navarros sobre el origen de la corona del Pirineo, cuestion en que se decide menos cuanto mas se escribe, son ajenas enteramente á nuestro propósito y al carácter de la obra. Hay en todas estas disputas algo de pedantería y orgullo, hay pretensiones nobiliarias de antigüedad y preferencia, muy poco conformes al espíritu del Evangelio y á la humildad cristiana; y si parece mal que los eclesiásticos de aquellos países (que casi exclusivamente han escrito su historia) fomentaran estas cuestiones de orgullo al escribir sus vicisitudes políticas y civiles, cuánto mas ajeno será de la eclesiástica, cuya mira debe ser estudiar el desarrollo de la palabra de Jesucristo sobre la tierra. Tales cuestiones de antigüedad y preferencia á nada conducen, y si de algo sirven es de fomentar en la Iglesia una soberbia solapada, contraria al espíritu del Evangelio.

Si es corto el número de cronistas que nos da noticias de la restauracion cantábrica de los siglos VIII y IX, aun lo es mucho mas el de la restauracion pirenaica, que no cuenta apenas escritor alguno. Los

deplorables incendios del archivo de San Juan de la Peña <sup>1</sup> aniquilaron las noticias de aquellos tiempos; y en los escasos documentos que han conservado otros archivos, la parcialidad de los escritores ha sembrado tales sombras y dificultades, que es muy problemático el decidir si han aclarado, ú oscurecido las cuestiones <sup>2</sup>. Confieso que las cronologías de los primeros reyes de Aragon, tal cual circulan, no me satisfacen, ni pueden sostener el análisis de una crítica demasiado dura; pero en vez de acumular nuevas conjeturas, quizá mas infundadas que las que combatiera, parece lo mejor tomar por guia al cronista mas antiguo de aquel país, cuya narracion, aunque muy posterior á los sucesos que refiere, tiene en cambio sobre las otras el mérito de la mayor antigüedad, y ofrece menores dificultades <sup>3</sup>.

##### § CXXXVI.

*Primeros levantamientos en Aragon.*

La restauracion pirenaica principió antes que la cantábrica, aunque sus esfuerzos carecieron de organizacion por mucho tiempo <sup>4</sup>. El único historiador coetáneo que nos resta, da noticias de su levantamiento aun á los principios mismos de la invasion, á pesar de que nada dijo de Asturias, ni de Pelayo. Abdelmelik, que habia tratado de combatir á los pocos cristianos enriscados en los Pirineos, nada

<sup>1</sup> El P. Casaus, beneditino muy ilustrado y académico de la Historia, con el buen deseo de rehabilitar el crédito del archivo de San Juan de la Peña, rebajado desmedidamente por Moret y Masdeu, quiso negar la verdad de estos incendios, presentándolos como una cosa asegurada solamente por Blancas, sin fundamento alguno. Aun cuando Jerónimo Blancas no goce ya entre los criticos el gran prestigio que tuvo en otro tiempo, la tradicion de los dos incendios está tan arraigada, por no haberla desmentido los monjes, que parece no se deba poner en duda por la simple negativa del P. Casaus, en este siglo, cuando en los anteriores Briz y todos los otros monjes la dieron por cierta.

<sup>2</sup> El P. Huesca en el prólogo al tomo VIII del *Teatro histórico de las iglesias de Aragon*, pág. 8 y sig., indicó ya la necesidad de un reconocimiento nuevo de las escrituras y documentos en cuestion, hecho por sujetos inteligentes é imparciales. Si hubieran sido depositados en la Academia de la Historia, se hubiera logrado este objeto fácilmente: por desgracia son pocos los que han venido en estos últimos años.

<sup>3</sup> La del monje Gauberto Fabricio, escritor del siglo XIV.

<sup>4</sup> Véase el cap. I de esta época (§ CXXXII).

pudo adelantar contra ellos, y con pérdidas considerables hubo de retirarse difícilmente á las llanuras <sup>1</sup>.

Pero todavía debemos mas noticias á los cronistas árabes acerca de aquellos primeros levantamientos en el Pirineo. Hacia el año 723 ya el Amir-Abderrahman-ben-Abdala, dicen ellos que allanó y sojuzgó á los cristianos de los montes de Afranc, que se habian rebelado por las ventajas de los de Narbona <sup>2</sup>. Poco despues el Amir-Ambisa desplegó su furor contra los mozárabes de Tarazona y su comarca, que se habian rebelado, y entrando en la ciudad por fuerza arrasó sus muros, y dobló la contribucion á todos aquellos pueblos nuevamente sojuzgados <sup>3</sup>. Esto es un evidente indicio de que no solamente los acogidos á los montes, sino tambien los mozárabes mismos inmediatos á ellos, sacudian el yugo sarraceno en cuanto se les presentaba la menor ocasion. Puede asegurarse que las conquistas que hicieron los sarracenos entre el Ebro y el Pirineo no fueron en el siglo VIII completamente seguras, y que algunas de las ciudades mas importantes de aquel territorio no tan solo conservaron su libertad, sino que en varias ocasiones procuraron hacerse independientes, al menor revés que sufrieran los árabes <sup>4</sup>.

Aun cuando los musulmanes estaban á su retaguardia y combatiendo en Francia con varia fortuna, no por eso dejaron de insurreccionarse en el Pirineo y hostilizarlos en cuanto pudieron. A media-

<sup>1</sup> El Pacense, n. 60, dice: «Praedictus Abdelmelik... statim à Corduba exiit cum omni manu publica subvertere nititur Pyrenaica inhabitantium juga, et expeditionem per loca dirigens angusta nihil prosperum gessit. Convictus de Dei potentia à quo Christiani tandem per pauci montium pinnacula retinentes praestolabant misericordiam, et devia amplius hinc inde cum manu appetens loca, multis suis bellatoribus perditis sese recepit in plana, repatriando per devia.»

<sup>2</sup> Conde, tomo I, cap. XXI. Los historiadores árabes llaman al Pirineo *Montes de Afranc* (Francia), y á las entradas del Pirineo, en Francia, *Gibel alborlat* (puertas de los montes).

<sup>3</sup> Conde, tomo I, cap. XXII.

<sup>4</sup> Faustino Borbon en sus *Cartas sobre la historia crítica de la España árabe* de Masdeu, supone que el territorio que media entre el Ebro y el Pirineo no fue conquistado por los árabes de una manera permanente: aunque esto no sea cierto, y mucho menos respecto del territorio de Aragon, es indudable que todo el país hasta el Ebro estuvo siempre expuesto á las correrías de los cristianos de la montaña.

dos del siglo VIII habian hecho aquellos una entrada contra los cristianos del Pirineo (736) que les fue harto funesta, muriendo no tan solo casi toda su gente, sino los caudillos mismos <sup>1</sup>.

Aparece, pues, de un modo indudable, que la resistencia estaba organizada en las cumbres del Pirineo, aun en la primera mitad del siglo VIII, sosteniéndose pujante y victoriosa, por testimonio conteste de los cristianos y los árabes.

### § CXXXVII.

#### *La Cueva de Galion.*

FUENTES. — Risco: *España sagrada*, tomo XXX, documentos en el apéndice n. 4. — Huesca (Fr. Lamberto de): tomo VIII, cap. XX y sig.

Tambien la restauracion pirenaica tiene una cueva, cuyo recuerdo poético á la vez y religioso va íntimamente ligado á los primeros pasos de su independencia. Algunos de los fugitivos de la parte oriental de España, acosados por Muza y Tarik, habian logrado con harto trabajo refugiarse en lo mas escabroso del Pirineo á las inmediacio-

<sup>1</sup> Hé aquí cómo refieren sus crónicas esta derrota: «Estas alegrías de los buenos musulimes se turbaron con una desgracia que tuvieron las tropas que estaban en fronteras de los montes de Afranc: por consejo del caudillo de Siria, Husain-ben-Adegiam-el-Ocaili, se enviaron las tropas de aquella frontera á contener los movimientos y juntas de gente que hacian los cristianos de los montes, que impedian las comunicaciones con los musulimes que mantenian la ciudad de Narbona. Encargáronse estas algaras por este caudillo á su wazir ó lugarteniente Suleiman-ben-Xihab, y en esta expedicion, acometidos de numerosas tropas en los puertos, fueron vencidos y padecieron gran derrota: en ella murió peleando Suleiman-ben-Xihab con la mayor parte de su gente: fue esta derrota sobre los musulimes dia dos de Rebie segunda, año de ciento treinta y nueve (736).»

«Despues de la entrada de Carlo Magno hasta Zaragoza, mandó Abderrahman á los wálies de Huesca y Zaragoza que persiguiesen á los cristianos de los montes y los pusiesen en obediencia con entradas continuas en sus valles; pero esta guerra era obstinada y sin importancia, fatigándose los musulimes fronteros en seguir en los montes ásperos y enriscados hombres bravos, cubiertos de pieles de osos y armados de chuzos y guadañas, sin tener otra cosa que las armas con que se defendian.» (Conde, tomo I, parte 2.ª, cap. XXI). Este trozo presenta á mi modo de ver el carácter verdadero de la insurreccion aragonesa.

nes de Jaca, y no fiando bastante en la defensa que la naturaleza les proporcionaba, levantaron dos muros paralelos en un monte llamado Pano, que se une con la célebre peña de Uruel. Los muros y los defensores fueron en breve disipados por el alfanje sarraceno, que no cedía entonces á tan ligero obstáculo <sup>1</sup>.

Poco tiempo despues un caballero de Zaragoza llamado Voto, persiguiendo á caballo un ciervo estuvo para caer en un horrible precipicio, no léjos de las ruinas de Pano. Abriéndose paso por entre la maleza penetró con dificultad hasta una gruta situada en la mitad de la tajada peña, y con no poca sorpresa encontró allí el cadáver insepulto de un ermitaño <sup>2</sup>. La soledad del sitio, la religiosidad de la modesta capilla y el venerable aspecto del ermitaño insepulto, hicieron viva impresion en el ánimo del caballero, sobreexcitado ya con el reciente peligro de que acababa de librarle la Providencia. Al regresar á su casa, decidido á consagrar á Dios los restantes dias de la vida que acababa de prolongarle casi milagrosamente, deseando al mismo tiempo huir de la dominacion sarracena, convirtió á tan santo propósito un hermano suyo llamado Félix. Repartidos sus bienes entre los pobres, dirigiéronse ambos hermanos á la cueva de Galion, donde construyeron unas celdillas para vivir eremíticamente dentro de aquella lóbrega caverna <sup>3</sup>. A la fama de su virtud acudieron en breve

<sup>1</sup> El monje Macario nada dice acerca de la fortaleza de Pano, por lo cual se mira como algo sospechosa la narracion posterior de este suceso.

<sup>2</sup> Tampoco se halla mencion de este santo ermitaño, llamado san Juan de Atarés, en la relacion de Macario, cosa harto chocante, cuando la narracion es tan prolija y recargada. (Véase en el apéndice n. 4 del tomo XXX de la *España sagrada*).

<sup>3</sup> Hé aquí la descripcion que hace el citado P. Huesca de la cueva de San Juan de la Peña (tomo VIII del *Teatro histórico de las iglesias de Aragon*, página 337): «No es posible figurarse la situacion, soledad y aspereza de esta cueva, porque á mas de estar en un monte tan elevado, salen del mismo dos brazos de igual elevacion, y aun mayor el uno de ellos, que cogiendo la cueva en medio forman un valle, ó mejor un barranco estrecho, profundo é inaccesible; de forma que el camino que hay ahora para llegar á la cueva, de cualquiera parte que sea es subir al monte principal, y bajar desde allí por la única senda que conduce á ella, porque ni los montes colaterales ni el barranco son accesibles sin grande riesgo. Dicha cueva mira al reino de Navarra entre Occidente y Septentrion: no la baña el sol sino en los dias mas largos del año

algunos de los cristianos fugitivos, que adoptaron á su lado el mismo género de vida. La piadosa credulidad de la edad media ha recargado la vida de los primeros anacoretas con algunos milagros que no han merecido grande aceptacion de los escritores eclesiásticos. Aun los documentos mismos que los refieren no son de grande antigüedad <sup>1</sup>, y tienen algunas incoherencias; mas á pesar de todo, convienen acerca de lo principal de la narracion, que no parece se deba poner en duda.

No es tan fácil fijar la fecha de los sucesos que la pasion de los escritores ha embrollado en vez de aclarar, adelantándola unos hasta la época goda, aun antes de la irrupcion sarracena, y retrasándola otros hasta el siglo IX, por ensalzar no sé qué postizas glorias, que consisten en una mayor ó menor antigüedad; cuestiones de orgullo, y de utilidad escasa. Lo mas acertado parece fijar estos sucesos hácia mediados del siglo VIII, en que las derrotas de los árabes en Francia y sus muchas escisiones en España facilitaron á los Cristianos posesionarse con mas seguridad de las cumbres del Pirineo. Lo cierto es que la tradicion ha mirado siempre la peña de Uruel, y la cueva adyacente de San Juan de la Peña, como cuna de la restauracion pirenaica, y en especial de la aragonesa. Desde su nebulosa cumbre veian aquellos fugitivos los campos de Aragon y de Navarra regados por aquellos mismos rios que brotaban bajo sus piés. Cual Moisés en otro tiempo, abarcaba cada uno con anhelante mirada los países que la Providencia les negaba poseer por sus pecados; pero su viva fe les daba á conocer que sus hijos volverian á gozarlos.

### § CXXXVIII.

#### *La cruz de Sobrarbe.*

A las tradiciones religiosas que se acaban de consignar ha unido la historia profana recuerdos políticos mas problemáticos y disputados. Segun ella, San Juan de la Peña fue el núcleo de una insurrec-

«un rato por la tarde. Es muy espaciosa, pues tiene mas de trescientos pasos de anchura y mas de sesenta de fondo: dentro de ella nace una fuente.»

Hasta en esto se asimila á la de Covadonga la cueva de Galion.

<sup>1</sup> Véase el juicio crítico acerca de las tres narraciones de los sucesos de san Félix y Voto al fin del apéndice n. 4 del tomo XXX de la *España sagrada*.

cion contra los árabes: los fugitivos de los montes acudieron á pedir el auxilio de las oraciones y consejos de los dos santos ermitaños, que propusieron á los fugitivos nombrar un rey, crear un poder intermedio que juzgase las contiendas entre el monarca y sus belicosos súbditos: formáronse leyes redactadas en el lenguaje de las doce tablas, en latín conciso y anticuado, y estas leyes se sometieron á la aprobación del Papa, cosa muy rara para ocurrirseles á los últimos godos. Reyes, instituciones, fueros, variedad de poderes y consultas pontificias, todo ha pasado ya á la region de la fábula, ó le falta poco para pasar <sup>1</sup>.

Rebajando algo de las exageraciones acumuladas por los cronistas cristianos, y aumentando otro poco á las narraciones con que los árabes tratan de nuestras cosas deprimiéndolas, puede esperarse presentar los sucesos de estos tiempos bajo su verdadero aspecto. Los monarcas, siempre ó por lo comun victoriosos, del siglo VIII y siguiente acaudillan un puñado de montañeses, á quienes el hambre y la rabia obliga á batirse con heroica desesperacion, para salvar los restos de su familia y fortuna, si algo les queda: se encastillan en rocas inaccesibles, donde uno puede defenderse contra ciento, donde es fácil eludir una persecucion, y fugarse en caso de una derrota. ¡Ay del agresor si avanza con demasiada confianza por aquellos tortuosos desfiladeros! son, en una palabra, aquellos primeros insurgentes los terribles *almugábares* <sup>2</sup>, los *guerrilleros* de los siglos anteriores y siguientes, con su agilidad, su bravura, su incansable sufrimiento y su indisciplina, y sobre todo con esa fe entera y ciega que traslada los montes de un paraje á otro. Hé aquí á lo que deben reducirse esos reyes y esos ejércitos de las insurrecciones primitivas. Pero tampoco son unas *taifas* de cobardes fugitivos, siempre vencidos, y nunca vencedores, de que hablan los cronistas árabes, á quienes los histo-

<sup>1</sup> Algunos escritores retrasan estos sucesos hasta el siglo IX en el primer interregno: aun para entonces parecen muy poco creibles tales instituciones, dado que lo del interregno sea cierto.

<sup>2</sup> La palabra *almugábar* significa *soldado robador*. Los *almugábares* vivian siempre al raso y usaban armas ligeras; su ocupacion exclusiva era acechar á los árabes, con la paciencia de un salvaje, para sorprenderlos y matarlos. Los árabes tenian tambien sus *rabitos* ó *fronteros*, de que hablaremos al tratar de las Órdenes militares.

riadores modernos, por una reaccion mal calculada, rinden un culto desmedido, al par que vuelven la espalda con desden á las crónicas cristianas. Los mismos árabes alguna que otra vez confiesan sus derrotas, y no pocas el miedo y daños que les causaban sus algaras é imprevistas expediciones. Los que obtenian victorias é inspiraban tales recelos, alguna organizacion deberian tener.

Los Cristianos han dado nombres á los primeros caudillos de la restauracion aragonesa <sup>1</sup>. Garci Jimenez, Garci Iñiguez, Fortun Garcés y Sancho Garcés, aparecen diseñados con sus respectivas biografias, aprobados por unos, y negados por otros. Algunos historiadores modernos han tenido la feliz ocurrencia de hacer á los insurgentes del Pirineo dependientes de los reyes de Asturias, en el siglo VIII. ¡Bravos socorros podian esperar los navarros y aragoneses de los reyes de Cangas, en un caso de apuro! No tiene duda que la posicion de aquellos era muy lisonjera para fundar condados á cien leguas de distancia del rincon donde dominaban <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Si los jefes de esta insurreccion eran reyes, ó simples caudillos (*sive Reges, sive Duces*), lo dudó ya el mismo Zurita, cuyo criterio y fino tacto no siempre fue alcanzado por sus continuadores. Si el jefe de estas insurrecciones se llamaba ó no Garci Jimenez, si este fue un personaje verdadero, ó solamente un héroe fabuloso, es punto muy difícil de averiguar, y para nuestro propósito del todo impertinente; con tal que conste el hecho verdadero de la insurreccion en aquellos países, y si la insurreccion es indubitable, claro está que algun jefe debió tener, y este con algun título debió ser distinguido. Interin que la casualidad (única en que ya se puede confiar) nos descubre algunos datos que den mas luz á este levantamiento, respetemos estos problemáticos nombres, puesto que los críticos no pueden dar otros á los caudillos, y pasemos á consignar la intervencion religiosa que presidió á estos levantamientos, respetando las escasas, pero venerables tradiciones que nos restan.

<sup>2</sup> Pellicer fue el primero que aventuró la idea del dominio de los primeros reyes de Asturias hasta Aragon. Masdeu, que estuvo harto desgraciado en todo lo que escribió de Aragon, adoptó esta teoría, y trató de robustecerla con suposiciones gratuitas. Rebatióla completa y victoriosamente el P. Huesca en el tomo VIII del *Teatro histórico de las iglesias de Aragon*, cap. iv. Hé aquí lo que hay en ello de verdad: D. Alfonso I era oriundo de Vizcaya, segun la opinion mas recibida; de aquí el que los vascongados fuesen aliados, no súbditos, de los reyes de Asturias. Los *Cronicones* de aquel país hablan de expediciones á Vasconia, pero la Vasconia no alcanzaba á Navarra, ni menos al Aragon. Sebastian de Salamanca llama alaveses á los que antes apellidó vascones: la guerra que hizo Alfonso Magno contra la Vasconia, segun el Albeldense, fue contra